

proporciones, que no obstante la trascendencia moral y filosófica perseguida por el autor, es notable únicamente por el primor de la ejecución y las bellezas parciales en que abunda.

Gustavo Adolfo Becquer, nacido en Sevilla, no presenta ninguno de los rasgos comunes á los poetas andaluces. Parece más bien hijo de la nebulosa Alemania. Sus *Rimas*, cortas en número y en extensión, son otras tantas joyas de valor inapreciable. Soñador, tierno y delicadísimo, conmueve las fibras más hondas de nuestro sér. Pertenece, sin duda, á la escuela de Heine; pero ni esto empece á su originalidad, ni se encuentran en el vate español la profunda ironía y el amargo excepticismo del germano. Su naturaleza, esencialmente poética, se revela con igual encanto en sus hermosísimas leyendas en prosa, en sus preciosos artículos arqueológicos, en sus melancólicas divagaciones que en la suave melodía de sus versos. El ciego acaso sembró de espinas su camino, como él mismo nos ha dicho en una célebre quintilla, y la muerte, no más piadosa con él que la vida lo había sido, cerró sus ojos para siempre cuando el porvenir comenzaba á sonreírle.

Antes que Becquer se diese á conocer, un poeta excelente, Eulogio Florentino Sanz, había traducido en lindísimas estrofas algunas canciones de Heine, á quien también imitó en otras composiciones suyas de relevante mérito, como, por ejemplo, la que lleva por título *El Color de los Ojos*. Varias versiones de Heine se han publicado después en castellano; pero el modelo seguido entre nosotros por aquellos que en el último tercio del siglo han pretendido cultivar la poesía subjetiva no ha sido el autor del *Intermezo*, sino el de las *Rimas*, hablando en términos generales.

Núñez de Arce es el príncipe de nuestros líricos contemporáneos. Su estro compite en robustez y magnificencia con el de Quintana en los *Gritos del Combate*, en que á menudo debe prescindirse del político para admirar como es justo al poeta. Su numen fecundo y variado se muestra bajo nuevas fases en la epístola *La Duda* y en los poemas *Raimundo Lulio*, *Tristezas*, *La Última Lamentación de lord Byron*, *La Visión de Fray Martín*. Otro poema, *La Selva Oscura*, y la leyenda *El vértigo*, están inspirados en la afición del autor á la poesía docente, ya manifestada en los *Gritos del Combate*. El *Idilio* es una historia amorosa, de delicada sencillez y realismo verdadero y conmovedor; y al mismo género pertenece *La Pesca*, cuadro de mayor extensión y de ejecución aún más perfecta. Núñez de Arce maneja con incomparable maestría todas las formas de la métrica castellana, incluso el verso blanco ó libre. En esto nadie le supera, si alguno le iguala. De él se ha dicho con razón que esculpe en vez de escribir. Por su transparencia y la pureza de sus líneas, sus estrofas parecen talladas en diamante.

Selgas, Ruiz Aguilera, *Larmig* y Manuel del Palacio, han dado también lustre y prez á la lírica en la época que historiamos. Habremos de nombrar otros enseguida, al hablar

de ellos como novelistas ó dramáticos. Monroy, que tuvo fervientes admiradores, y López García, el autor de las popularísimas décimas *Al Dos de Mayo*, murieron apenas comenzada brillantemente su carrera. Hasta fines del siglo, domina en los jóvenes la imitación de los maestros. Sin embargo, en los últimos años se observan en algunos tendencias y aspiraciones á la novedad.

Más en contacto con la sociedad los poetas dramáticos que los líricos, advirtieron antes que éstos el cambio que se operaba en el gusto del público, y procuraron adaptarse á él. La reforma se nota sin salir de los dominios del drama histórico, cultivado con preferencia por los románticos. *Don Francisco de Quevedo*, estrenado en mil ochocientos cuarenta y ocho y justamente ensalzado, se distingue por un sello de profunda originalidad. Esta obra y *Achaques de la Vejez* es lo único que produjo la musa dramática de Eulogio Florentino Sanz, de quien tanto debía esperarse; pero sea pereza ú orgullo y misantropía, ningún otro trabajo dió á la escena. *Flor de un Día*, cuyo empalagoso sentimentalismo tan *cursi* resulta hoy, no significó menos en su tiempo un paso fuera de los caminos trillados. Hasta en los escritores del período anterior es sensible la mudanza. Bretón de los Herreros, molestado con tanto oír calificar de sainetes cultos sus comedias, escribe su *Escuela del Matrimonio*, una de sus producciones más pensadas; Ventura de la Vega, que había preludiado la alta comedia en *El Hombre de Mundo*, cree preparados los ánimos para aceptar otra vez la tragedia clásica, y consigue ver representada con aplauso *La Muerte de César*. Harzembusch busca la sobriedad, á riesgo de degenerar en obscuro, como en *La ley de Raza*, y retrocede en la comedia hasta la forma moratiniana en *Un Sí y un No*. El mismo García Gutiérrez, á su regreso de América, después de algunos titubeos, torna al teatro genuinamente nacional, con *Venganza Catalana*, y ensaya el drama social y político en *Juan Lorenzo*.

El impulso reformista vino principalmente de dos autores nuevo, cuyos nombres volaron bien pronto en alas de la fama. Se comprenderá que aludimos á don Adelardo López de Ayala y á don Manuel Tamayo y Baus. Después de algunos arreglos é imitaciones del francés y el alemán y de componer un drama romántico de propia invención, el último de los ingenios citados volvió los ojos al teatro de Racine y Alfieri, presentando al público como fruto de sus desvelos la tragedia *Virginia*, que es en su género de lo mejor que hay en lengua castellana. Su triunfo, empero, no le ocultó que debía tomar distinto rumbo, escribiendo entonces, en colaboración con don Aureliano Fernández Guerra, *La Rica-hembra*, drama de época, de interesante argumento y cuyos caracteres están gallardamente trazados. Después se remontó aún á mayor altura en *La Locura de amor*, en *La Bola de nieve*, comedia de que apenas había precedentes en el teatro moderno fuera de *El Hombre de mundo*, en *Lo Positivo*, en *Lances de honor* y, sobre todo, en *Un Drama nuevo*, «producción, dice don José de la Revilla, en que todo es admirable (incluso el len-

guaje sentencioso), en que palpita una inspiración gigante, en que las pasiones humanas vibran al unísono con las que Shakspeare pintara en sus obras inmortales, y la fuerza dramática, el efecto escénico, el terror trágico y la atrevida originalidad de las situaciones llegan á punto altísimo de perfección; producción que hace palpar todas las fibras del corazón humano, y que lo mismo arranca lágrimas de ternura y de piedad que gritos de terror y espanto; producción, en suma, que basta, no ya para glorificar á un hombre, sino para enorgullecer á un pueblo».

Tamayo había escrito al frente de uno de sus primeros dramas: «En el estado en que la sociedad se encuentra, es preciso llamarla al camino de su regeneración, despertando el germen de los sentimientos generosos,..... luchar con el egoísmo..... excitar la compasión.....» Ayala encabezó con las siguientes líneas su primera obra, *Un Hombre de Estado*, concebida casi en la adolescencia: «He procurado en este ensayo, y procuraré en cuanto salga de mi pluma, desarrollar un pensamiento moral, profundo y consolador.» Los programas de ambos tenían muchos puntos de contacto, y los dos los llevaron á la práctica con la misma fortuna. En *Un Hombre de Estado*, don Rodrigo Calderón recobra la tranquilidad ante el cadalso, sintiéndose feliz por primera vez, en el momento de su mayor desdicha. En *Rioja*, el protagonista es el sacrificio hecho carne, la virtud y el heroísmo que inmolan la propia dicha en obsequio de la ajena; en *El Nuevo don Juan*, el autor ridiculiza al osado galanteador; en *El Tejado de vidrio*, hace odiosa la culpa transformándola en delatora de sí misma; en *El Tanto por ciento*, pinta magistralmente la fiebre de agio, la concupiscencia de riquezas; en *Consuelo*, finalmente, que rompe, como la luz del sol las espesas nieblas, un largo periodo de inactividad dramática, combate otro cáncer, otra llaga social, la dureza de corazón, la explotación del amor mismo.

Prescindiendo de su propósito moralizador y docente, el teatro de Ayala y Tamayo es teatro ecléctico y de transición: todo, en sus obras, como dice Iscart, es reconciliación, fusión, soldadura de extremos; fusión de la mayor cultura literaria, propia para saboreada en la lectura, con los recursos escénicos, la vida, el movimiento imprescindibles en las tablas; fusión de la naturaleza y la verdad dramáticas con la depuración y el gusto artísticos. Ayala no deja nada al acaso; observa la sociedad que le rodea, y ha legado á la posteridad preciosas notas, que prueban el escrupuloso esmero con que disponía sus comedias, estudiaba los caracteres, preparaba las situaciones. El carácter de *Consuelo* es una maravilla de observación psicológica. La Poética de Tamayo, expuesta en su discurso de recepción en la Academia, es clara y terminante: á su juicio, «la gran poética es la del corazón: las criaturas ficticias han de ser formadas á semejanza de las vivientes»: «vale más la naturaleza que las figuras que aspiran á ser puro espíritu, puro heroísmo, pura bondad; éstas no son ni espirituales, ni heróicas, ni buenas; sorprenden acaso, no convencen nunca.» Tamayo, no obstante conocer los secretos de la rima, escribió en pro-

«a sus mejores dramas; Ayala, por el contrario, emplea constantemente el verso, que pule y cincela con especial fruición, porque el autor de *El Tanto por ciento* era, á par de eminente dramaturgo, artista consumado, de lo que dan testimonio sus poesías líricas, que contienen primores de ejecución superiores á todo encarecimiento. La acción de Tamayo y Ayala no fué con todo eficaz y decisiva, á causa tal vez de haber escrito relativamente poco. Nuestra escena no se vió libre de la plaga de las traducciones y arreglos, y los que quisieron desarrollar pensamientos originales, se dedicaron á sermonear sobre los deberes de los casados, la obediencia filial, la felicidad doméstica, los peligros de la coquetería, los desengaños que proporciona la ambición y otros temas por el estilo, tratados no desde el punto de vista del arte, sino del de una moral manoseada y lacrimosa. Al mismo tiempo, se cultivan la comedia ligera, satírica y graciosa, la de capa y espada, el género híbrido de la zarzuela, el drama histórico y hasta el romántico: en una palabra, no hay orientación fija en el teatro. Entre los autores que más celebridad alcanzan, en alguno ó en varios de los géneros mencionados, figuran Eguílez, Larra, Pérez Escrich, Palou, Serra, Hurtado, Fernández y González. Los tres últimos se distinguieron, además, como excelentes poetas líricos. Núñez de Arce cultivó también, solo ó en colaboración, la comedia de costumbres, al modo de Ayala y Tamayo; y el drama histórico propiamente dicho.

El romanticismo se adapta tan bien á la manera de ser de nuestra raza, que resurge pujante y avasallador, cuando menos podía esperarse, con don José Echegaray, inteligencia vastísima, para quien ni la ciencia tiene secretos ni el arte dificultades. No ha sonado aún la hora de juzgar imparcialmente su teatro; pero ¿cómo negar la profundidad de su genio, la grandiosidad de su inspiración, su potente inventiva, lo gigantesco de sus concepciones, la atracción irresistible que ejerce sobre el público? Alternando la leyenda trágica y las aventuras de capa y espada con el drama psicológico y trascendental, el de costumbres con tendencias realistas y hasta el simbólico á lo Ibsen, el numen fecundísimo de Echegaray se ha labrado con *La Esposa del vengador*, *En el Puño de la espada*, *En el Pilar y en la cruz*, *En el Seno de la muerte*, *O Locura ó santidad*, *El gran Galeoto*, *Mariana* y tantas otras obras que suspenden y maravillan, un monumento que será perpetuo pedestal de su gloria.

La comedia y el drama realistas á la francesa no han arraigado en nuestra patria, á pesar de los esfuerzos realizados por un escritor de tanto valer como don Enrique Gaspar y de *Las vengadoras*, de Sellés, el vigoroso autor de *El nudo gordiano*, composición esta última que pertenece á la escuela de Echegaray. En cambio, el realismo que podríamos llamar castizo y nacional, ha enriquecido nuestra moderna literatura con una producción digna de los mayores elogios, *La Dolores*, del malogrado Feliú y Codina. Casi al mismo tiempo, Pérez Galdós promovía una nueva dirección en el teatro, planteando

con sus dramas todas las cuestiones que, discutidas desde hace años ardientemente en el extranjero, habían sido apenas desfloradas entre nosotros.

La ilustre escritora Fernán Caballero (Cecilia Böhl de Faber), llevó á la novela, al declinar el romanticismo, el amor á la realidad y sencillez, que es el principal signo de la nueva época literaria. *La Gaviota*, su primera novela, es una pintura fiel y exacta de costumbres, caracteres y lugares, por donde vemos que la autora se anticipó no poco á la idea que hoy se tiene del arte. Hay, sin embargo, en esta obra cierto aire de falsedad, cuando la escena se traslada de la aldea á los salones aristocráticos, no obstante lo cual merece los calurosos elogios de que ha sido objeto, tanto en España como fuera de ella. La tendencia docente, que ya asomaba en *La Gaviota*, domina de cada vez más á Fernán Caballero, en cuyos últimos libros se tropieza á cada momento con largos sermones y exhortaciones evangélicas; pero mientras se limita á referir y describir lo que ha observado por sí misma, traza preciosos cuadros, que encantan por su verdad y delicadeza. Por el tiempo en que floreció Fernán Caballero, compartía con ella el favor del público don Antonio Trueba, que restaura la poesía popular con *El libro de los cantares* y escribe numerosos cuentos en prosa, de lectura muy agradable, por la ternura que respiran y las sencillas galas poéticas que los adornan. En nuestra época, enamorada de un realismo más sobrio y menos optimista, se ha eclipsado bastante la fama del dulce pintor de las costumbres vascongadas. Muy distinto de estos escritores fué don Manuel Fernández y González. Aunque en el drama, en la tragedia, en la sátira, en el canto lírico y en el épico demostró lo pródicamente que le había dotado naturaleza, su mayor popularidad la obtuvo con sus novelas, de que á veces dictaba tres ó cuatro al mismo tiempo. Lástima que derrochara el rico caudal de su ingenio escribiéndolas á destajo, sin descanso, estudio ni meditación. A pesar de esto, entre las innumerables que brotaron de su pluma, tienen mérito innegable *Rodríguez de Sanabria*, *Martín Gil*, *El cocinero de Su Majestad*, *Bernardo del Carpio* y algunas otras.

Una de las figuras más notables de la literatura moderna española es don Pedro Antonio Alarcón. De su *Diario de un testigo de la guerra de África* se tiraron cincuenta mil ejemplares, cosa nunca vista hasta entonces en nuestra patria. Los artículos que publicó en la prensa periódica, chispeantes de gracia y fino ingenio, las *Novelas cortas*, los *Cuentos amorios*, las *Historietas nacionales* y el nunca bastantemente elogiado *Sombrero de tres picos*, harán vivir el nombre de Alarcón mientras haya amantes de las bellas letras. Si *El Escándalo* motivó tan ardientes polémicas, culpa fué de su autor, por haber puesto el fin artístico al servicio de otros que le son completamente extraños. Aunque *El Sombrero de tres picos* sea una pintura del buen género realista, y *La Pródiga* y *El Niño de la bola* deban contarse entre las novelas de costumbres, el eximio escritor de que hablamos es, sin duda, el más esclarecido representante de la escuela idealista en la España litera-

ria de la última mitad del siglo décimo-noveno. Poesías líricas nada vulgares llevan también la firma de don Pedro Antonio de Alarcón.

«Político, periodista, escritor ameno y elegante, crítico de alta fama, hombre de mundo y hombre de letras, todo eso, dice el padre Blanco García aludiendo á don Juan Valera, había sido este admirador del Júpiter de Weimar, cuya amplitud inmensa de genio emula en cierto modo. Pero no se encontraba satisfecha la ambición del polígrafo insigne, que, cuando parecía agotada su virtualidad creadora, la difundió en producciones selladas por la juventud eterna del espíritu y la madurez de las canas.» Aunque las primicias de la privilegiada inteligencia de don Juan Valera consistieron en composiciones en verso, de carácter lírico y escritas con arte, gusto y corrección irreprochable, muy pronto, los timbres del poeta quedaron relegados á segundo término ante los méritos y excelencias del prosista; y parecía haber mostrado ya todas las fases de su exuberante personalidad literaria, como se advierte en el párrafo que hemos transcrito, cuando sorprendió á propios y extraños con su *Pepita Jiménez*, de cuya publicación data el renacimiento de la novela española. El espíritu de observación de Valera, la hermosura plástica y descriptiva de su estilo, su buen sentido, su gracejo y humorismo, se compadecían por modo prodigioso con el nuevo género á que aplicaba sus talentos, de suerte que á *Pepita Jiménez* siguieron las *Ilusiones del doctor Faustino*, *El comendador Mendoza*, *Pasarse de listo*, *Doña Luz* y los preciosos cuentos y encantadoras narraciones que se intitulan *Asclepigenia*, *Genio y figura*, *De varios colores*, *Morsumor*, etc., etc. En punto á estilo y á lenguaje y en materia de gusto, donaire, exquisita ironía, desenfado y viveza de ingenio, Valera no tiene rival entre los escritores de la época. Estas cualidades resplandecen en todas sus producciones. Otras muchas las enaltecen. En la crítica, su innata cortesía y la nobleza de sus sentimientos le hacen ser no juez ceñudo é inexorable, sino maestro benévolo é indulgente. De sus novelas, *Pepita Jiménez* es un prodigio de análisis psicológico, sutilísimo y delicado; *Doña Luz* aún le sobrepaja en profundidad y penetración; *El Comendador Mendoza* reúne al atractivo de la leyenda el carácter propio de la novela histórica y el interés que despiertan los problemas filosóficos, convertidos en elementos de arte. En fin, los maliciosos y originalísimos cuentos del insigne literato exceden á cuanto cabe imaginar en gracia y ligereza.

No menos envidiable, aunque no tan variado, es el talento de don José María Pereda. Las *Escenas montañosas*, insertas en un periódico de Santander en mil ochocientos sesenta y cuatro, tardaron en ser conocidas y apreciadas fuera de aquella provincia, y sin embargo, á juicio del señor Menéndez Pelayo, *La Leva*, que figura entre ellas, no ha sido superada por ninguna otra producción del autor. «Más serenos y apacibles, menos trágicos y apasionados, dice el crítico á quien acabamos de citar, son los cuadros rurales, en cuya riquísima serie descuellan dos verdaderas novelas primorosas y acabadas, aunque

BIBLIOTECA
 CAPITULA ALFONSO
 V. A. N. L.